

coge textos anónimos, dos fragmentos en prosa –por excepción– y algún poema en lengua original, como el *Himno a Riego*, o *La canción de los soldados insurrectos, según la melodía de la Cachucha*, ésta tomada de la edición de Heinrich Meisel (1821) y que ya había publicado don Alberto Gil Novales en su libro sobre *El Trienio Liberal* (1980). Posiblemente tales textos superaron las trabas de la censura, como explican Ingrid Cáceres y Remedios Solano en su papel de editoras, porque el escaso número de los que podían leer en español en los territorios germanos hacía inocua su difusión.

Por supuesto, está fuera de lugar pedir profundidad y rigor histórico en estas aproximaciones poéticas al Trienio y en general, a las cosas de España. Napoleón, Fernando VII y Rafael del Riego son mitos adecuados para transmitir con fuerza y nitidez los mensajes ideológicos que la realidad, con toda su complejidad, no podía comunicar de una forma eficiente si no se la despojaba de matices innecesarios. Evidentemente, en Fernando no había solo el lado oscuro de que habla la historia simplificada, pero tenía que desempeñar el papel de chivo expiatorio, que justificara el fracaso trágico de una generación; por su

parte, Riego nunca ganó una batalla y su talento político parece más que dudoso, pero encarnó simbólicamente el ideal de libertad que anhelaba la gente de su tiempo.

El libro es una ventana abierta al mundo germánico. Queda ahora fuera de duda que los acontecimientos revolucionarios desencadenados por el ejército de la Isla calaron con intensidad en la opinión pública alemana, a manera de un revulsivo de aspiraciones que ya eran comunes en gran parte del continente. Su alcance y sus matices es lo que el libro de Ingrid Cáceres y Remedios Solano pone de relieve al rescatar esos textos dispersos en las capas profundas de la historia, y devolverles su capacidad comunicativa para un público inédito, ampliando así nuestro conocimiento de la dimensión liberal en las raíces de Europa.

La obra concluye con los apartados auxiliares que tanto facilitan el manejo de una obra científica: una bibliografía bien informada, el índice de Títulos - Primeros versos en alemán y en español, y un índice de láminas, que principalmente remite a los retratos de época que acompañan a las semblanzas de los autores estudiados.

MANUEL MORÁN ORTI

Xavier PLA y Francesc MONTERO (ed.), **En el teatro de la Guerra. Cronistas hispánicos en la Primera Guerra Mundial**. Granada: Comares Historia, 2019, 359 p., ISBN: 9788490459225

Nos encontramos ante una colección de textos que las primeras espadas

de la literatura y el periodismo español escribieron a sus compatriotas desde

los escenarios de la Primera Guerra Mundial. Como afirman sus editores, Xavier Pla y Francesc Montero, “no hay pretensión de exhaustividad ni tampoco de erudición en unos textos de voluntad ensayística (con poco aparato crítico) que pretenden, más que nada, ayudar al lector a interpretar el artículo histórico del cronista y a subrayar sus virtudes más de cien años después”. El volumen forma parte de los resultados del proyecto de investigación “El mundo de ayer. La figura del escritor-periodista ante la crisis del nuevo humanismo (1918-1945)”.

La obra se divide en cinco partes, “Voces literarias para una guerra, “Voces olvidadas, miradas femeninas”, “Aliadófilos y germanófilos en las trincheras”, “Periferias centrales” y “Escritores soldados, vida cotidiana en las trincheras”. Dentro de cada apartado el lector encontrará una serie de crónicas representativas del periodismo de la época, contextualizadas y analizadas por cada uno de los especialistas a los que se ha encargado el estudio, con el fin de ofrecer una visión panorámica de lo que pudieron leer nuestros antepasados sobre la Gran Guerra. A través de los distintos capítulos se pueden leer los artículos de Azorín, Valle Inclán, Blasco Ibáñez, Ramiro de Maeztu, Carmen de Burgos, Gazieli, Pérez de Ayala, Azaña, Julio Camba, etc.

La Primera Guerra Mundial despertó un gran interés entre los españoles, al menos en los primeros momentos, como explican los autores, para pasar a cierto hastío, salvo para los que la guerra sirvió como instrumento de

controversia política, propaganda o de epítome del sentido de una época. Como en todo conflicto, hasta en los más modernos, la información pasó de un caos inicial, en el que se publicó todo aquello que llegaba desde los países contendientes, a una demanda de retratos más cercanos. Es entonces, como explican los editores en su presentación, cuando toma relevancia la figura del enviado especial o del corresponsal de guerra, centrado en acercar la guerra desde un punto de vista más humano que “geoestratégico”.

Al margen de ser una notable colección de cómo se escribía sobre la guerra, encontrándonos incluso el *Glosari, retrat futurista*, de Santiago Rusiñol, este volumen se puede presentar como una defensa de lo que Jon Lee Anderson definió como “la mirada del periodista”. Los distintos artículos muestran los puntos de vista de sus autores, hecho que queda completado con los breves ensayos introductorios de la cada uno de ellos.

Un aspecto muy interesante del trabajo es el interés de los editores de acercar la guerra no solo a través de los periodistas “profesionales”, sino de los literatos o intelectuales que contaban con gran prestigio. De hecho, entre ellos estaban los conocidos como Generación del 14 o Novecentismo, de tanta influencia en la política española los siguientes años y que Manuel Menéndez Alzamora definió como “una aventura intelectual”.

La presencia de la literatura en el escenario de la guerra tuvo dos consecuencias. Sirvió, en primer lugar, para

acercar a la opinión pública el significado de una guerra que en ocasiones se quedaba en lo noticioso, y dejaba de lado el verdadero impacto del conflicto como drama humano. En segundo lugar, y como reflejan los editores de este volumen en su presentación, el periodismo literario “se convirtió en una verdadera escuela de estilo y pensamiento, y también de observación y narración de la realidad, imprimiendo un estilo nuevo, con rasgos comunes, a toda una brillante generación de escritores-periodistas españoles que en pocos años destacó en géneros hasta entonces tan dispares como la novela, el libro de viajes o el reportaje”. Consideramos que quizás la afirmación es algo excesiva, pues olvida la trayectoria del periodismo decimonónico, pero con todo es incuestionable que la presencia de estas figuras alteró el significado mismo del periodismo fundiéndose aún más con la literatura para llegar a la famosa sentencia de Truman Capote: “El periodismo y la literatura son dos brazos de un mismo río”.

Podría decirse también que para algunos el periodismo significó una vía para hacer política, en plena consonancia con el periodismo del XIX, y a través de ello el periodismo se hizo literatura, de la misma manera que en el reinado de Fernando VII, “se hicieron literatos para ser políticos”, como tituló Joaquín Álvarez Barrientos a una serie de estudios sobre la cultura y política entre los siglos XVIII y XIX.

Los trabajos son también muy interesantes desde el punto de vista estilístico, y desde luego son toda una

invitación a seguir trabajando para ir diseccionando cómo se fueron forjando los géneros periodísticos a través de los diarios de viajes, la introducción de testimonios y fuentes, las descripciones pormenorizadas y el ritmo o estructura de los relatos. Los distintos ejemplos presentados muestran cómo el relato periodístico aún no se había encorsetado, como ocurre hoy, ni se habían visto superados por la imagen. La principal intención de muchos de los escritores era acercar al lector todo lo que no podía ver del drama de la guerra (una buena muestra es el triste relato de la catedral mutilada de Reims, de Claudi Ametlla).

La brevedad nos impide detenernos en cada una de las “voces” que aparecen en el libro. Es realmente interesante que los editores hayan elegido ese término, “voces”, para agrupar a los literatos y a las miradas olvidadas y miradas femeninas. Es evidente que figuras como Azorín, que de los representantes del 98 “fue el periodista profesional en todo el sentido de la palabra”, según José Acosta, y cuya vida en el París de la guerra recuerda la del Hamlet García de Paulino Masip en la Guerra Civil, atraerá sobremanera a los lectores, al igual que ocurrirá con Blasco Ibáñez, Pérez de Ayala o Valle Inclán, y con los periodistas como Julio Camba, Carmen de Burgos y Gaziel, entre otros. Pero confieso que las aportaciones más interesantes, sin desmerecer a las anteriores, que están muy bien presentadas en sus estudios preliminares, han sido las de figuras que van saliendo del olvido o que lle-

van años sin ser analizadas, gracias a los trabajos que se están publicando en los últimos años. Nos referimos a Àngela Graupera i Gil, Sofia Casanova, Claudi Ametlla, Roma Jorí, Eugeni Xammar, Alberto Insúa, Enrique Rodríguez y Javier Bueno, con su particular forma de “ser testigo” de lo que escribe. También la manera en que aprovecharon algunos la guerra para construir una épica desde casa que sirviese para la causa, como el caso de Arnau de Vilanova (Joan Solé y Pla) y sus voluntarios catalanes en la contienda.

En algunas de estas figuras la frontera del periodismo y otros géneros literarios no está muy marcada; en otras el periodismo es una actividad más en su vida, que en ocasiones roza con el aventurismo; también los hay en que su forma de enfrentarse a la hoja en blanco es todo un alegato de la libertad estilística.

Quizás la crítica que se le puede hacer al libro es la generosidad con la que se etiqueta a algunos de los protagonistas con el término *corresponsal de guerra*. Los editores, siguiendo a Phillip Knightley, sitúan en este periodo el nacimiento o consolidación del oficio de *corresponsal de guerra*, premisa que tiene continuidad en la obra. Si bien sería anacrónico aplicarles las características de hoy, es evidente que aparece deformado en ocasiones. No cabe duda de que el debate sobre lo que es o no un *corresponsal de guerra* sigue abierto, y también sus orígenes, como demuestra el grupo de investigación sobre el nacimiento de los *correspon-*

sales de guerra en La Primera Guerra Carlista que lidera el catedrático Alfonso Bullón de Mendoza, pero desde luego creemos que algunas de las características presentes en el considerado padre de la tribu, William Howard Russell, deberían ser tenidas en cuenta antes de señalar quién puede ser o no definido como *corresponsal de guerra*. En concreto ser periodista profesional, tener en su haber la cobertura de algunos conflictos bélicos y acercar la realidad del combate y la vida del soldado, no solo la marcha de la guerra.

Asimismo, se echa en falta un capítulo introductorio sobre el periodismo español de la época. Al ser una obra que quiere acercarse a lectores diletantes, no hubiese estado de más apoyar esta gran colección de estudios y crónicas con un marco histórico sobre la prensa española y también sobre los diferentes tipos de periodistas existentes y la percepción que la sociedad tenía de su trabajo, hecho que encontramos hasta en los libros de costumbres del XIX.

La obra es una invitación para seguir ahondando en la historia del periodismo español o “hispanico”, como señalan los autores en el subtítulo de la obra, que sirva de punto de partida para que se inicien nuevas y profundas investigaciones sobre figuras que merecen ser rescatadas del olvido, como ha ocurrido en los últimos años con los periodistas Manuel Chaves Nogales y Agustí Calvet Pascual, *Gaziel*.

ELÍAS DURÁN DE PORRAS